

OLGA MARQUÉS



CICATRICES
EN EL ARTE

**CICATRICES
EN EL ARTE**

Olga Marqués

Piel y Arte



Madrid, 2016

Diseño de la cubierta: Julia Hidalgo

Título original: *Cicatrices en el arte*
Autora: Olga Marqués Serrano

Registro propiedad intelectual: 16/2015/5362
I.S.B.N.:
Depósito Legal:

Realiza: REPROFOT, S.L.
Celeste, 2 - 28043 Madrid
comercial@reprofot.com

La idea de hacer una selección de libros de pequeño formato, divulgativa y amena, donde la Piel y el Arte fueran los protagonistas, surgió hace unos tres de años.

Se trataba de mostrar, con las limitaciones que conllevaba el proyecto, una relación de obras de pinturas, grabados, esculturas y poesías donde la piel sana, la piel enferma y la piel herida se reflejaran en estas facetas o expresiones artísticas.

Entonces no sabía las dificultades que iban a surgir para poder llevarlo a termino. Pero hoy, apenas un año y medio después, *La piel en el arte*, *Tumores en el arte* y *Cicatrices en el arte* se han publicado.

Desde estas líneas quiero dar las gracias al laboratorio IFC, que se ha encargado de su edición y distribución, y que en todo momento ha mostrado hacia este trabajo un gran respeto.

Solo quiero comentar que si estos libros han conseguido entretener y despertar la curiosidad del lector, han cumplido su objetivo.

Olga Marqués
Dermatóloga

Madrid, 15 de Septiembre de 2016

Ninguna parte de esta publicación, incluido el diseño de la cubierta, puede ser reproducida, almacenada o transmitida en manera alguna ni por ningún medio, sin permiso previo del autor y de los propietarios del copyright.

ÍNDICE

Introducción	11
Cicatrices en el arte	16
Bibliografía.....	115
Índice de obras	121

Una cicatriz es el tejido de reparación que se produce en la piel después de una destrucción cutánea por una herida, tras una pérdida de sustancia o por procesos inflamatorios crónicos. Reflejan la última etapa de un proceso evolutivo, constituyendo una forma normal de curación y reparación de la zona afectada.

Las cicatrices pueden ser atróficas e hipertróficas, y afectar a dermis, hipodermis o tejidos profundos. Adquieren primero un color rojizo para volverse posteriormente blancas o pigmentadas.

Las atróficas son deprimidas con una epidermis adelgazada y en ellas no se encuentran los anejos cutáneos ni los surcos o líneas normales de la piel; las hipertróficas son duras y dan lugar a esclerosis por la proliferación del colágeno, complicándose a veces con retracciones y problemas funcionales.

Hay que hacer una distinción entre las cicatrices hipertróficas y los queloides pues, aunque la alteración básica de ambas lesiones es una proliferación descontrolada de tejido fibroso tras una agresión en la piel, son procesos diferentes que a veces tienden a confundirse.

Una cicatriz hipertrófica es dura, de consistencia firme y superficie prominente, con frecuencia pruriginosa y siempre permanece confinada a la localización original de la lesión, por ello es lineal si ocurre tras una intervención quirúrgica, o nodular si se produce después de lesiones inflamatorias y ulcerosas como en el acné quístico. El queloide es de apariencia similar pero los bordes tienen contornos irregulares y, a menudo, al prurito se asocian hiperestesia y dolor; asimismo un queloide invade la piel circundante, y se extiende y crece más allá de la localización original de la herida, por tanto la extirpación quirúrgica de esta lesión da lugar a un crecimiento mayor del tumor, y, si se ha usado un injerto de piel, también aparece un queloide en la zona dadora.

Ambos procesos tienen una predisposición genética siendo más frecuentes en los individuos de piel oscura. Se localizan con preferencia en la región del hombro delto-acromio-clavicular y en la región esternal, donde las cicatrices están bajo tensión y la piel es más gruesa. Desfiguran y producen importantes contracturas, pero mientras que los queloides permanecen estables las cicatrices hipertróficas tienden con el tiempo a involucionar.

En el trascurso de enfermedades de la piel tan diferentes como el acné, la porfiria, la varicela y en otras que cursan con mutilaciones y pérdidas de tejidos como el síndrome de Raynaud, sífilis, lepra, sarcoidosis, lupus crónico, carcinomas etc. pueden presentarse cicatrices siendo algunas de ellas características de determinadas enfermedades, dato que hay que tener en cuenta por su valor diagnóstico.

A una cicatriz también se la define como la señal que deja una herida ya curada. Esta marca o señal que aparece en la piel, cuando se muestra en la pintura o en el grabado, casi siempre pertenece al género del retrato, añadiendo un componente de originalidad a la obra. De forma excepcional han sido representadas cicatrices con todas sus características clínicas: hipertróficas, atróficas, blanquecinas, rojizas, postraumáticas, postquirúrgicas y secundarias a enfermedades como la lepra o la sífilis.

De gran curiosidad son los retratos que algunos pintores han realizado al mismo personaje en distintos momentos de su vida, pues tiene la particularidad de mostrar, además de la cicatriz, la herida primitiva, dándonos, por tanto, la clave para conocer el origen y las causas de esa lesión.

Georges de La Tour en *San Jerónimo Leyendo una carta*, presenta al santo con una gran lesión en la sien derecha que recuerda a una herida en proceso de cicatrización; en ella los bordes ya han cicatrizado y el centro está aún enrojecido, erosivo y sangrante.

Esta peculiaridad ha hecho que el cuadro apareciera en *Las heridas en la pintura* (2011) como una úlcera, y en *Tumores en el arte* (2015) como

un posible carcinoma basocelular ulcerado. En *Cicatrices en el arte* esta pintura vuelve a estar presente (como no) pero en esta ocasión para compararla con otra de La Tour: *San Jerónimo penitente*; en ella el personaje, más envejecido, enseña esta vez con claridad una cicatriz profunda y pigmentada que además de afectar a la sien derecha cubre parte de la región frontal y parietal del cuero cabelludo. Para los lectores curiosos comentar que existe un tercer cuadro de Georges de La Tour, también conocido como *San Jerónimo penitente*, donde la cicatriz está más atenuada.

Por otra parte, la cicatriz más representada en este libro (aparece en cinco retratos) es la que tiene en la mejilla izquierda el elector de Sajonia Juan Federico I, a causa de la herida que recibió en 1547 en la batalla de Mühlberg.

El retrato más famoso del Elector es el realizado por Ticiano en 1550, habiéndole pintado también dos años antes con la herida recibida en el campo de batalla. En ambos, al contrario de los retratos realizados por otros artistas de la época, que idealizan al personaje y lo exponen en toda su magnificencia, lo muestran sin perder su dignidad humana pero sin ninguna referencia a la importancia de su cargo. Tras la derrota de Smalkalda, la cicatriz en el rostro del Duque se convirtió en el mejor atributo de su condición de mártir de la causa protestante, como puede valorarse en *Elector Juan Federico de Sajonia* de Lucas Cranach el Joven al representarlo, después de su muerte, como un hombre joven con la cicatriz que aún no tenía.

El gran pintor Fantin-Latour hizo un pequeño y selecto grupo de retratos femeninos en el que las modelos eran escogidas por él dentro de su círculo íntimo. Con una de estas mujeres, Madame Maître, realizó una excepción y la pintó en dos ocasiones, 1882 y 1884; en ambas, la modelo bella y elegante, posa de frente y de perfil, mostrando la parte derecha de la cara, cuello y escote con cicatrices blanquecinas, atróficas, hipertróficas y escleróticas, secundarias a posibles quemaduras de segundo y tercer grado.

También los artistas cuando se retratan no esconden sus cicatrices. Así lo demuestra Caravaggio que en uno de sus últimos cuadros se autorretrata

en la cabeza de Goliath mostrando una gran cicatriz en la parte izquierda de la cara por la cuchillada recibida tras un intento de asesinato. Lo mismo se comprueba en el retrato que William Hogarth se hizo en 1745; en él se aprecia una profunda y amplia cicatriz en la frente que el pintor, incluso, parece querer resaltar. Otro ejemplo importante se encuentra en Frida Kahlo, cuya obra, basada en los autorretratos, muestra de forma reiterada sus enfermedades, operaciones y, por supuesto, las heridas y cicatrices de su cuerpo. Durante toda su vida luchó para no ser vencida por la crueldad de un destino marcado por las cicatrices. Aunque ella no se consideraba una pintora simbolista, estas son una representación subjetiva de su propia realidad.

Sin embargo, desde el punto de vista médico, hay dos retratos que muestran cicatrices sorprendentes:

El primero y más antiguo, pintado por Berruguete en 1477, representa a Federico de Montefeltro, duque de Urbino, con varias cicatrices en la mejilla que coinciden con los nevus intradérmicos que se observan en el famoso cuadro que del personaje hizo en 1465 Piero della Francesca, por lo que bien podría valorarse que el Duque se había sometido a una cirugía estética de las pequeñas tumoraciones que previamente tenía en la cara.

En el segundo, realizado en 1921 por el pintor expresionista Otto Dix, aparece su amigo el Dr. Hans Koch, dermatólogo y urólogo, con una tremenda cicatriz que le cruza la mejilla derecha. En la extirpación quirúrgica le ha sido realizada un colgajo de rotación que desgraciadamente no ha mejorado la estética del paciente.

LUIS ALBERTO DE CUENCA

(Madrid, 1950)

Las cuatro heridas

Hagas lo que hagas, pienses lo que pienses,
vas a acabar rindiéndote ante mí.
Cómo no ibas a hacerlo. Nuestro caso
es de los que aparecen en los libros:
un tipo como tú, tan pusilánime,
tan apocado, con tan poca sangre
en las venas, tan sobrio, tan sereno,
tan constante en afectos y en rencores
a la misma mujer, tan aburrido
de sí mismo y de todo, tan maniaco
de la puntualidad y la limpieza,
y una hembra como yo, con dos cobayas,
dos niñas casi adolescentes, una
hipoteca, un marido y un bufete
dedicado a cargarse matrimonios,
formamos juntos una conjunción
astral irresistible, un cataclismo,
un tornado voraz (como el que sale
en El mago de Oz), una hecatombe
(o sea, un sacrificio de cien bueyes)
que desmantela nuestras existencias,
un torpedo lanzado por un U-Boot
en nuestra línea de navegación.
Y prefiero no hablarte de las cuatro
deplorables costuras que atraviesan
la parte baja de mi tripa, fruto
de cuatro operaciones sucesivas,
porque eso ya te volvería loco
de deseo, y no quiero que te pierdas
en unas cicatrices cuando tengo
cuatro heridas guardadas para ti.

Piero della Francesca (Borgo de San Sepolcro, 1416-1492), el pintor que realizó este retrato, fue el artista que mejor plasmó la luz y el color en la pintura del *Quattrocento* italiano.

Se formó en Florencia, estando desde su juventud muy influido por las teorías matemáticas y arquitectónicas de Leon Battista Alberti. En 1442 comenzó, para la iglesia de la Misericordia de San Sepolcro, el políptico con la famosa tabla central *La Virgen del manto*. En 1451, en Rímini, creó para el templo malatestiano el monumental fresco *San Segismundo y Segismundo Malatesta*. Para decorar la capilla mayor de la iglesia de San Francisco de Arezzo hizo, entre 1452 y 1466, *La leyenda de la Vera Cruz*, que es un prodigio de luminosidad y perspectiva visual, y será su obra maestra.

En los años posteriores inició una estrecha relación con los Duques de Urbino, pintando algunos de los cuadros que le han dado más fama. A partir de 1478, por una enfermedad ocular que le deja totalmente ciego, tiene que abandonar la pintura y se dedica al estudio de las matemáticas. Muere en su pueblo natal el 12 de octubre de 1492.

Federico de Montefeltro, Duque de Urbino representa al personaje ataviado con traje y bonete carmesíes. Muestra su perfil bueno, pues era tuerto del ojo derecho y tenía una gran cicatriz. Posee una nariz ganchuda, labios muy finos, casi inexistentes, mentón prominente y cuello ancho y vigoroso. Su piel es amarillenta y cetrina, como de enfermo bilioso, y su rostro es flemático, frío y desdeñoso.

En la mejilla izquierda hay tres tumoraciones redondeadas, bien delimitadas y ligeramente pigmentadas, compatibles clínicamente con nevus intradérmicos; en la región infra-auricular izquierda presenta otra lesión similar. Estas cuatro pequeñas lesiones se corresponden con las cuatro cicatrices que aparecen en el retrato del Duque, que unos años después pintó Pedro Berruguete.



PIERO DELLA FRANCESCA
Federico da Montefeltro, Duque de Urbino, 1465-1472
 Florencia, Galleria degli Uffizi

Pedro Berruguete (Paredes de Nava, Palencia 1440-1503) está considerado el primer pintor renacentista español. Su formación artística comenzó en Castilla, a cargo de Juan de Gantes, donde adquirió los conocimientos propios de la pintura flamenca. Muy joven, hacia 1470, se fue a Italia, trabajó para Federico de Montefeltro, duque de Urbino, y aprendió las técnicas de la pintura del Renacimiento. Allí se relacionó con los principales artistas del *Quattrocento* italiano, como Piero della Francesca y Francesco di Giorgio Martini. En esta época contribuyó a la realización de los retratos del gabinete del Duque.

Tras la muerte de Federico de Montefeltro, en 1483, Berruguete regresó a España, donde permaneció hasta su muerte, en 1503. En esta última etapa sobresalen, para el retablo de la Iglesia de Santa Eulalia de Paredes de Nava, las tablas que representan a reyes-profetas de Judá valoradas como la primera muestra de retratos dentro de la pintura española, *La Anunciación* para la Cartuja de Miraflores y el retablo mayor de la Iglesia de Santo Tomas de Ávila.

Federico de Montefeltro con su hijo Guidobaldo fue pintado por Berruguete durante su estancia en Urbino, para decorar el *studiolo* de su palacio.

El duque de Urbino, representado de perfil, con su armadura y la insignia de la Orden de la Jarretera, se muestra absorto en la lectura de un libro. En su rostro ya no se aprecian los nevus que aparecen en el famoso retrato *Federico de Montefeltro, Duque de Urbino* de Piero della Francesca. En dicha localización hay unas marcas o cicatrices que confirman que el duque se había hecho extirpar estas lesiones, por lo que quizás es la primera representación conocida de este tipo de intervención en una pintura. El cuadro también es atribuido a Juan de Gantes.



PEDRO BERRUGUETE

Federico de Montefeltro con su hijo Guidobaldo, 1477

Urbino, Galleria Nazionale delle Marche